

DESPUÉS DE LA LUNA DE MIEL: LA IMAGEN DEL PRESIDENTE KIRCHNER DURANTE LOS AÑOS 2004 Y 2005¹

Heriberto Muraro

1- Midiendo la popularidad del Presidente

En un pasado reciente -digamos, hace 10 años- las encuestas políticas de opinión pública solían asociarse, casi exclusivamente, con los sondeos preelectorales. En cambio, en la actualidad, las encuestas sobre el nivel de popularidad de los funcionarios y dirigentes partidarios más destacados han pasado a ser un género periodístico permanente para los medios y también un tema de preocupación cotidiana para cualquier elenco político. La reciente difusión de noticias -hacia agosto de 2004- sobre las diferencias existentes entre la tasa de popularidad de Kirchner entre consultores con y sin contrato con el gobierno demuestra claramente lo antes dicho.²

El “índice de popularidad” -la tradicional medición del desempeño de un funcionario en términos de “bien”, “regular” o “mal”- presenta claras ventajas sobre otras evaluaciones posibles. Ante todo, tiene un significado intuitivo inmediato, es decir, refleja la manera en la que solemos hablar habitualmente del desempeño de un dirigente político o de cualquier persona.

Su competidor más frecuente, la “intención de voto”, presenta, en cambio, serias limitaciones. A mi parecer, la intención de voto por un dirigente sólo tiene sentido pleno en el breve período comprendido entre el momento en que se conocen los principales candidatos que se presentarán a la elección y el día del escrutinio. Fuera de ese intervalo sólo expresa una vaga preferencia. Entre los investigadores electorales son conocidos numerosos dirigentes políticos que durante años se caracterizaron por tener altas intenciones de voto en períodos no electorales y ningún éxito al momento del escrutinio.

En segundo lugar, el análisis de las mediciones de popularidad que cubre lapsos extensos ha probado que las variaciones de dicho índice están relacionadas con datos “objetivos” -

¹ Los datos que se analizan en este trabajo corresponden a las mediciones semanales del servicio *TeleNews* que realiza la consultora *TeleSurvey*. Dichos sondeos son realizados telefónicamente entre residentes adultos del área metropolitana y su muestra es de 300 casos semanales. Los total mensuales son, por ende, 1200 o 1500 casos.

² Ver al respecto: *Néstor Kirchner: Por qué desciende en las encuestas*, en *La Nación Line*, Buenos Aires, 29 de agosto de 2004.

vinculados a conductas observables- tales como el índice de precios o la tasa de desocupación.

Cabe señalar que suelen incorporarse a las mediciones de popularidad del gobierno otras dos series de índices complementarios. Por un lado, se agregan normalmente preguntas referidas a diversas áreas típicas de una gestión tales como la economía o la educación e inclusive relacionadas con subáreas tales como la creación de empleo o el control de la inflación. Por otro lado, también es normal incluir preguntas acerca de la popularidad de los integrantes más destacados de un gabinete. Por ejemplo, acerca del Ministro de Salud o de Acción Social.

El principal problema, tanto teórico como práctico acerca de esas medidas es que, si bien todos los investigadores de opinión pública usamos permanentemente esas herramientas desde hace años, carecemos de estudios comparativos que puedan ayudarnos a interpretar correctamente sus variaciones más allá de la trivialidad de dar por sentado que cuando un índice baja la popularidad de un funcionario ha caído y que cuando sube se ha incrementado. Más aún, si bien los investigadores de opinión pública solemos trabajar fundamentalmente sobre la coyuntura, a diferencia de los economistas, carecemos de una metodología para abordar el cortísimo plazo.

2- La “luna de miel”

Examinemos un ejemplo que, a mi parecer, puede resultar esclarecedor y es, a la vez, pertinente a la situación argentina actual.

Entre quienes investigan a la opinión pública es ya un lugar común, en todo el mundo, hablar de la “luna de miel”. Es decir, se da por supuesto que, hacia el comienzo de una administración, los ciudadanos otorgarán al gobernante recién electo algo así como un crédito de popularidad, como si la evaluación de los resultados de la gestión fuera reemplazada por la formulación de expectativas.

También se da por supuesto que dicho crédito, salvo circunstancias excepcionales, irá luego decayendo hasta llegar a un momento en que la evaluación del gobierno dependerá directamente de los resultados de su gestión y, en especial, de resultados económicos tales como la evolución del índice de precios o de la tasa de empleos.

El carácter transitorio de la “luna de miel” no requiere de mayores explicaciones. Debido a que el tiempo que normalmente necesita cualquier gobierno para revertir hechos tales como una alta tasa de desocupación o de criminalidad suele ser más extenso que el plazo de gracia otorgado por la ciudadanía, el resultado neto de dicho proceso no puede ser sino una caída progresiva del índice de popularidad a los pocos meses de iniciada la gestión.

La existencia de la “luna de miel” ha sido reiteradamente probada desde el momento en que algunas consultoras de opinión pública realizaron durante períodos extensos encuestas regulares formuladas con preguntas idénticas destinadas a medir popularidad de un gobernante.

El efecto de “luna de miel” es, de acuerdo a mi experiencia, sumamente poderoso. No sólo afecta a las variables relacionadas con la medición de expectativas sino también a la evaluación del desempeño del gobierno, incluso a ítems relacionados con la coyuntura económica. El traspaso del mando de un presidente a otro induce a la gente a “sentir” que la economía anda mejor aunque, como es obvio, es muy difícil que el funcionamiento de un sistema productivo pueda ser modificado automáticamente por el mero hecho de que se haya producido un cambio de magistrado.³

Lo que no sabemos los investigadores, y apenas si nos atrevemos a conjeturar, es cuánto puede durar una “luna de miel” o, dicho de otra manera, qué es lo que determina el agotamiento del período de gracia. Más aún, nos resulta difícil de decidir si, dado una tasa de opiniones positivas y determinado lapso con respecto al momento de la asunción, el gobierno de turno continúa gozando o no de los beneficios de la “luna de miel”. De hecho, la decisión de que la “luna de miel” de Kirchner se había acabado, que se difundiera en los medios hacia mediados del año pasado, fue adoptada por algunos periodistas y no por los investigadores de opinión pública.

La formulación de generalizaciones empíricas suele ser muy dificultosa en el terreno de la opinión pública. Resulta difícil –sobre todo en una país como la Argentina

³ Hay excepciones a la regla anterior. Por ejemplo, la población se encuentra objetivamente mejor al producirse un traspaso cuando los empresarios realizaron una remarcación “preventiva” de precios durante el período preelectoral o bien, en el caso excepcional, ocurrido en la Argentina al asumir Frondizi, en que un Presidente otorga un aumento masivo y considerable de precios por decreto. Algo similar ocurrió en 1999 cuando el Gobernador de la Provincia de Córdoba de la Sota decretó una rebaja de los impuestos provinciales el mismo día que asumiera.

permanentemente afectado por bruscos virajes económicos y políticos- comparar procesos. El *ceteris paribus*, tan en boga entre los economistas, no tiene mayor sentido en esta disciplina. Piénsese, por ejemplo, en los problemas que presenta comparar la duración de la “luna de miel” de que gozara Alfonsín, cuya gestión se inició después de una década de dictadura; con la correspondiente a Menem, cuya gestión se iniciara durante un período de hiperinflación; o con la correspondiente a Duhalde, que no fue electo en elecciones sino por una Asamblea Parlamentaria en una situación de verdadera emergencia. En la práctica, la única transición que podría calificarse de relativamente “normal” entre nosotros, los argentinos, fue la que ocurriera al pasar del segundo período de Menem a la presidencia de De la Rúa.

Sólo sabemos (α) que el incremento de popularidad que afecta a un nuevo presidente es sumamente variable y puede pasar de una modesta suba de 10 puntos porcentuales, tal como sucediera con Menem en su segundo período y con Duhalde, a cifras notables, del orden de los 50 puntos, como sucediera con De la Rúa y Kirchner.⁴

Otra generalización que cabe formular es (β) que en la mayoría de los casos la caída se inicia al mes siguiente de la asunción. Aunque en algunas ocasiones la popularidad puede continuar subiendo luego de la asunción, de tal manera que la baja correspondiente al agotamiento de la “luna de miel” puede demorarse, ese plazo no se extiende más allá de los cuatro meses.

⁴ Iré indicando cada una de las generalizaciones acerca de la “luna de miel” de un Presidente dispersas en este texto mediante letras griegas minúsculas.

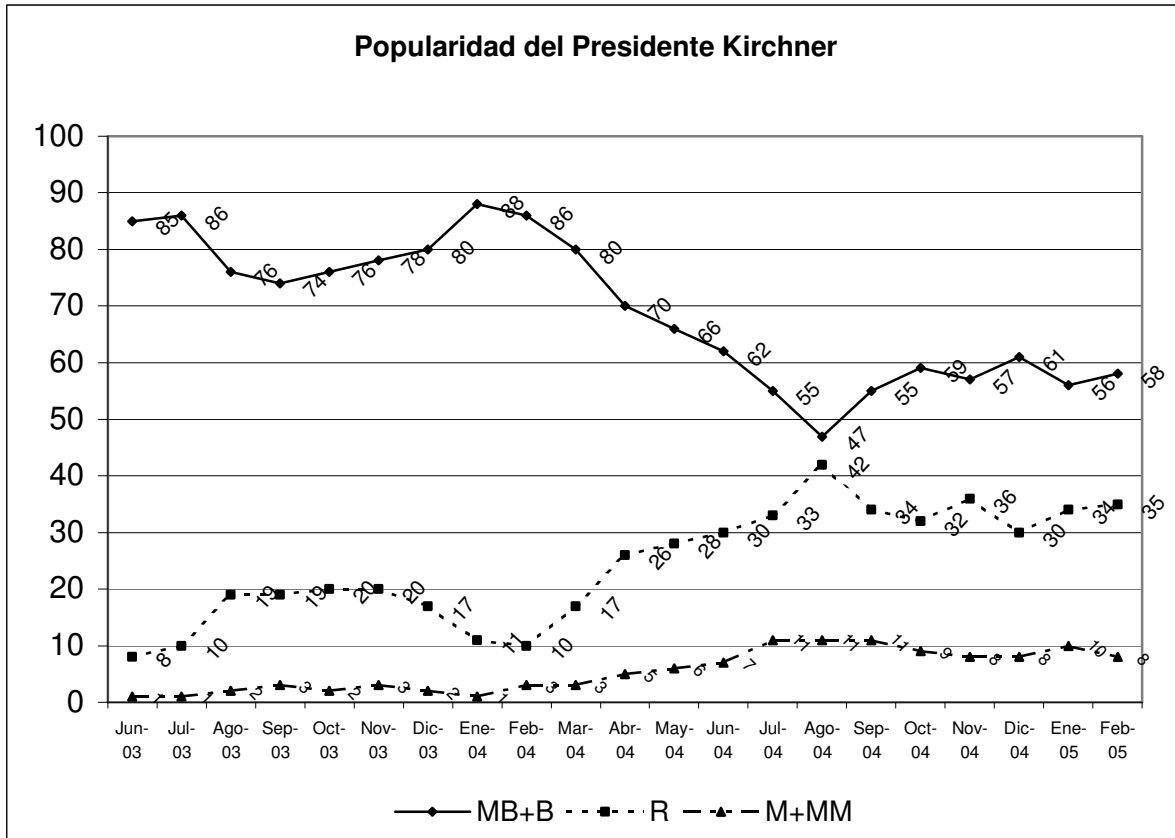


Gráfico I: Índice de popularidad del Presidente Kirchner. Referencias: “MB+B” = “muy bueno” más “bueno”, “R” = “regular” y “M+MM” = “malo” más “muy malo”. Se omite el porcentaje de quienes no opinaron.

3. El “milagro K”

Muchos investigadores locales no dudaron en calificar a los primeros tramos de la gestión de Kirchner como un verdadero milagro debido a la inesperada permanencia de su índice de popularidad por encima de los 70 puntos durante, nada menos, que 10 meses consecutivos. Como puede observar el lector en el **Gráfico I** adjunto, el actual Presidente se inició en junio con un 85% de “bueno” o “muy bueno”. Al mes siguiente su popularidad subió levemente para luego decaer unos 12 puntos porcentuales durante los meses de agosto y septiembre del año 2003, siguiendo así un a trayectoria que parecía corresponder a un proceso típico de finalización de la “luna de miel”.

Sin embargo, a partir de septiembre del 2003, cuando el índice de popularidad era del 74% se produjo un proceso de recuperación que culminó en enero del año siguiente con una tasa

de “bueno” o “muy bueno” del 88%; marca que jamás alcanzó Presidente alguno en las últimas dos décadas.

A partir de ese mes –septiembre del 2003- hasta el mes de agosto del 2004, la tasa de popularidad de Kirchner cayó gradualmente alcanzando un mínimo del 47% en beneficio, sobre todo, de su tasa de “regular” que creció en dicho período desde un 11% hasta el 42%. Luego se produjo una recuperación parcial y, entre agosto y noviembre del 2004, el índice de “muy bueno” o “bueno” pasó del 47% al 59% en tanto que el “regular” descendió del 42% al 32%.

Por último, después de esa recuperación, el índice de “muy bueno” más “bueno” de Kirchner ha permanecido fluctuando entre el 57% y el 61% en tanto que la tasa de “regular” varió entre el 30% y el 36% y la de “malo” y “muy malo” fluctuó entre el 8% y el 10%.

Es decir que, luego de 21 meses de gestión, su nivel de popularidad se mantiene hoy en torno a valores que ningún mandatario argentino lograra alcanzar ni siquiera durante los primeros meses de su gestión.

Si tomamos en cuenta las generalizaciones anteriores –(α) y (β)- mucho de lo que se ha dicho acerca de la milagrosa “luna de miel” de Kirchner –desde su extraordinaria duración hasta su probable terminación hacía mediados del año pasado- **tiene** y **no tiene** sentido. Si bien el nivel de popularidad del Presidente se mantuvo por encima del 60% hasta julio del año pasado, y por encima del 70% hasta marzo de ese año ello no se puede atribuir exclusivamente a un factor subjetivo independiente de los resultados de su gestión. Se debió a que ese gobierno supo adoptar medidas políticas que el grueso de los ciudadanos evaluó positivamente y que, por lo menos, contribuyeron a evitar el “desinfe” de las expectativas.

Pero, por otro lado, -como expliqué en un artículo anterior- la referencia a la “luna de miel” tiene sentido en tanto tomamos en cuenta que la mayoría de esas medidas no estaban vinculadas con la marcha de la economía.⁵ Eran decisiones de bajo costo político y de popularidad asegurada que corresponden al género de gestión que los politicólogos italianos denomina como *scambio simbolico*. Por ejemplo, el descabezamiento súbito de la

⁵ Heriberto Muraro, *Comunicación y acción en el escenario político / La opinión pública metropolitana ante la gestión del Presidente Kirchner*, Buenos Aires, 2004. En <http://www.telesurvey.com.ar>

cúpula del Ejército y la Policía Federal, la “renovación” de la Suprema Corte de Justicia, la intervención del PAMI y la formulación de discursos contra el FMI y los militares sospechosos de violar los derechos humanos durante el “Proceso”.

Obviamente, no se requería mayor perspicacia para vaticinar que el efecto disuasor de esa estrategia iba a agotarse en el corto plazo, como efectivamente sucedió según puede verificar el lector en el **Gráfico I** ya presentado. Sólo se requería que apareciera en el escenario local –por demás preñado de graves problemas heredados del pasado- conflictos de fondo, de esos que suponen la adopción de decisiones costosas y suelen demandar más tiempo para ser resueltos para que la “luna de miel simbólicamente prolongada” (para denominarla de alguna manera) se hiciera trizas.

Cabe señalar que esa estrategia de alta popularidad y bajo riesgo correspondió a aquello que la oposición llamara en ese momento “ausencia de gestión de Kirchner” pero que, a mi parecer, constituyó una maniobra por demás inteligente para un Primer Magistrado dotado de partida con un nivel de legitimidad sumamente precario.

Como dijera en el mencionado artículo:

“Esa estrategia le ha servido [a Kirchner] para acumular popularidad entre la gente –y por ende también poder- con el fin de, por lo menos, mantener a raya a los factores de poder - especialmente a los parlamentarios, gobernadores y medios- y a la vez para ganar tiempo”.

“Observemos que ganar tiempo de manera activa corresponde a una dimensión esencial de la vida política en tanto permite llevar a cabo aquellas tareas preparatorias que son imprescindibles para enfrentar con éxito los problemas mayores, los de mayor riesgo y/o de menor consenso. Su función es disciplinar y probar al núcleo íntimo de colaboradores y, eventualmente, sustituir los operadores ineficientes o desleales por otros; establecer alianzas con aquellos sectores sociales que pueden apoyar una línea de acción y, paralelamente, aislar a sus posibles opositores a ella”.

“El tiempo también sirve para acumular información crítica, a la cual normalmente no suele tener acceso una nueva administración, planificar posibles soluciones y también acopiar recursos. Incluso, el ganar tiempo hace posible elegir mejores circunstancias para abrir un frente de conflicto y, en ciertos casos, obtener el beneficio inesperado de que los problemas se resuelvan por sí solos, por lo menos en parte”.⁶

⁶ Heriberto Muraro, *opus cit.*, p. 20.

4. Causas de la minicrisis de mediados del 2003

¿Cuáles fueron los problemas duros que provocaron la caída de popularidad de mediados del 2003?

Según coincide el grueso de los encuestólogos, ellas fueron básicamente dos: los piqueteros y la inseguridad urbana.

Examinemos en detalle cómo se produjo la crisis en ambos frentes y también la amenaza de la crisis energética de mediados de año.

4.1. Piqueteros

La crisis piquetera obedece, ante todo, a un proceso de largo plazo: el creciente endurecimiento de los sectores políticamente moderados para con el movimiento piquetero que está, a su vez, vinculado a la ruptura de la alianza que se produjera hacia el año 2002 entre los afectados por el corralito y la masa de desocupados.

A ese proceso cabe sumar, ya durante el período de Duhalde, la ruptura del frente piquetero en un ala dura y otra ala, minoritaria, blanda; o bien, si se quiere en un ala de opositores y otra de oficialistas. En tanto el ala blanda fue restringiendo progresivamente sus manifestaciones de protesta; el ala dura, en cambio, se radicalizó y operó de manera crecientemente violenta.

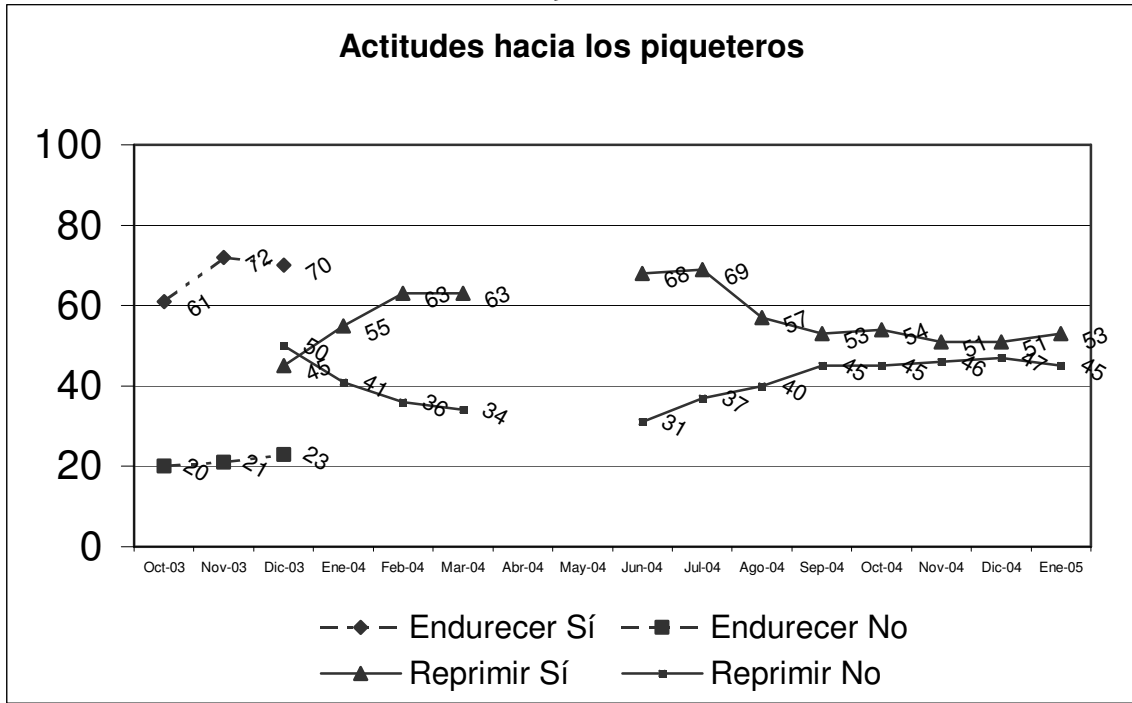


Gráfico II: Se indica, para el período octubre-noviembre del 2003, la tasa de quienes dijeron que el gobierno debería “endurecer” su trato con los piqueteros y la de quienes pensaban lo contrario. Para el período diciembre 2003-marzo 2004 y para el período junio 2004-enero 2005 se indica la tasa de quienes estaban a favor y en contra de “reprimir” a los cortes de calles o rutas realizados por los piqueteros.

La ambigua estrategia de gobierno, consistente en ir desarmando y reconduciendo paulatinamente al movimiento piquetero y en evitar toda forma de represión –hasta el extremo de pasar a retiro al Jefe de la Policía Federal cuando hacia julio del 2004 esa fuerza salió a la calle con armas de fuego- correspondió puntualmente con una ambigüedad de la opinión pública local. Durante varios meses la opinión pública pidió que se erradicaran los cortes de calles o rutas sin decidirse a aceptar la posibilidad de que la policía reprimiese.

Las mediciones de *TeleNews* realizadas durante el período comprendido entre fines del año 2003 y comienzos del 2005 incluyeron dos preguntas diferentes sobre la actitud que debía adoptar el gobierno hacia los piqueteros. Durante los tres primeros meses se preguntó a los encuestados si el gobierno debía o no “endurecer su trato hacia ellos”. Tal como puede observarse en el **Gráfico II** adjunto, la tasa de quienes contestaron afirmativamente a dicho interrogante pasó del 61% a cerca del 70% en esos tres meses.

Luego se preguntó –dada la creciente impopularidad de ese movimiento- si el gobierno debía o no “reprimir a los piqueteros que cortaban rutas o calles”. Entre diciembre del 2003 y marzo del 2004 los que contestaron afirmativamente pasó del 45% al 63% y entre junio y julio de ese año del 68% al 69%. Es decir, el precario equilibrio entre halcones y palomas fue deteriorándose progresivamente durante fines del 2003 y mediados del 2004 en beneficio de quienes demandaban la imposición del orden público.

Diversos hechos puntuales aceleraron la crisis o el agotamiento de esta estrategia. En febrero del 2004 un grupo de piqueteros duros ocupó el Ministerio de Trabajo y se produjeron incidentes violentos en el centro de Buenos Aires; en tanto que al mes siguiente ocuparon las oficinas de la petrolera YPF Repsol. En junio, un grupo de piqueteros blandos ocupó violentamente una comisaría de la Boca acusando al comisario a su cargo de complicidad con el asesinato de un dirigente de ese movimiento. Hacia julio un grupo heterogéneo de manifestantes -al cual se sumaron piqueteros- intentó ocupar la Legislatura porteña dando origen a un conflicto que derivó en la renuncia del Ministro de Justicia Gustavo Béliz y del Jefe de la Policía Federal. En septiembre un grupo de agitadores pertenecientes a Quebracho –agrupación de extrema izquierda- copó una manifestación piquetera y provocó una verdadera batalla campal en Plaza de Mayo.

Luego, las manifestaciones piqueteras violentas disminuyeron progresivamente y con ellas –a partir de agosto del 2004- cayó también del 69% a cerca del 50% la proporción de partidarios de la mano de hierro. (Volver al **Gráfico II**). No obstante, como sucediera en febrero del corriente año, de vez en cuando algún hecho puntual provoca un incremento del rechazo a la política gubernamental en esa área.

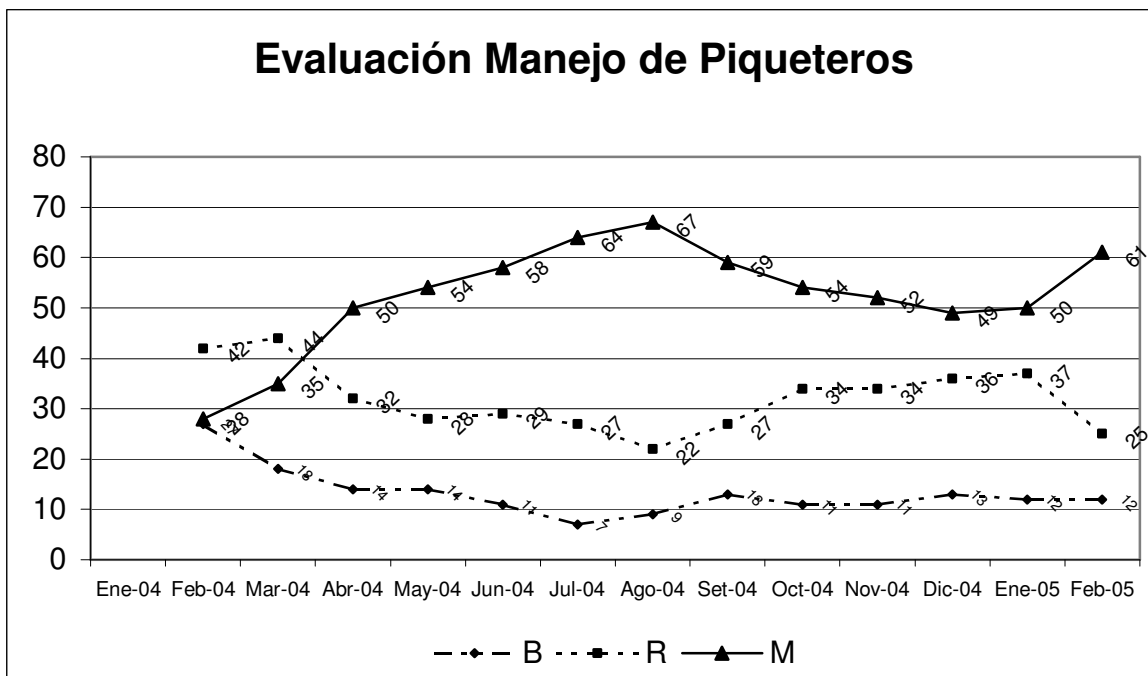


Gráfico III: Evaluación del desempeño del gobierno con respecto a los piqueteros. Referencias: “B” = “bueno”, “R” = “regular” y “M” = “malo”.

Las encuestas de *TeleNews* evaluaron de manera sistemática (en todas las mediciones semanales y en base a una misma pregunta) la actitud de la población metropolitana hacia la política del gobierno para con los piqueteros a partir de febrero del 2004. De acuerdo a los datos registrado –ver al respecto el **Gráfico III**- sólo en febrero y marzo del 2004 la tasa de quienes calificaban al desempeño del actual gobierno en relación a este tema como “regular” se ubicó por encima de quienes la evaluaban como “mala”. En todas las demás mediciones mensuales el “mal” se ubicaba por encima del “regular” y ambas tasas, de manera muy evidente, por encima del porcentaje de quienes consideraban que el desempeño era “bueno”.

Nótese además que las opiniones francamente negativas pasaron del 28% en febrero hasta un máximo del 67% en agosto, para descender monótonamente hasta el 49%-50% en diciembre y enero de dicho año. En febrero del corriente año la tasa de rechazo a dicha política sufrió, como ya dijera, un brusco repunte –saltó al 61%- debido a un incidente menor ocurrido en la ciudad de Buenos Aires.

De acuerdo a esos datos, y a mediciones aisladas realizadas hacia los primeros meses del gobierno de Kirchner, es probable que nunca haya existido una verdadera “luna de miel”

con respecto a esa área de la gestión gubernamental. No obstante, esta serie temporal está claramente correlacionada con el índice de popularidad del Presidente: las opiniones negativas hacia la política para con los piqueteros sube cuando la popularidad de Kirchner desciende, y a la inversa.

Dichas variaciones de las evaluaciones de la política “pacifista” acerca de los piqueteros autorizan a formular una nueva generalización empírica sobre la dinámica de la “luna de miel” que, aunque obvia no es menos importante. Me refiero al hecho de que (γ) aun en el momento de mayor apoyo a una gestión de gobierno, aun en el instante en que las expectativas dominan a la ponderación de los resultados, ello no supone que todos los aspectos de su gestión sean necesariamente calificados de manera positiva. Como ya se viera no todos compartían, en el momento en que Kirchner iniciara su gestión, la convicción de que “no debía criminalizarse a la protesta social”.

Otra conclusión obvia es que el cambio de estrategia del gobierno hacia las manifestaciones piqueteras que se produjera después de la crisis de los meses de julio y agosto del 2004 –consistente en saturar las calles de agentes policiales armados con gases y balas de goma- así como la paulatina asimilación de la porción más numerosa de ese movimiento al oficialismo, rindió sus frutos en materia de reconocimiento de parte de los entrevistados. Prueba de lo anterior es que la tasa de “bien” volvió a subir después de la crisis, aunque sin alcanzar jamás el nivel que tuviera hacia comienzos de la gestión Kirchner.

Pero dicha recuperación de la confianza es ya un proceso ajeno a la “luna de miel”; se basó en acuerdos políticos cuya maduración requirió de los funcionarios gubernamentales un año de laboriosa gestión y mucho esfuerzo para disciplinar a las fuerzas de seguridad. Dicho de otra manera: (ϵ) **el “desencanto” que genera el agotamiento de la “luna de miel” es reversible si se adoptan medidas que resulten acertadas para el público pero difícilmente esa reversión pueda empujar los índices de popularidad a los niveles registrados hacia comienzos de la administración.** Como bien saben los consejeros matrimoniales, el amor de la pareja –a partir del término de la “luna de miel”- es algo que debe ganarse con hechos cotidianos.

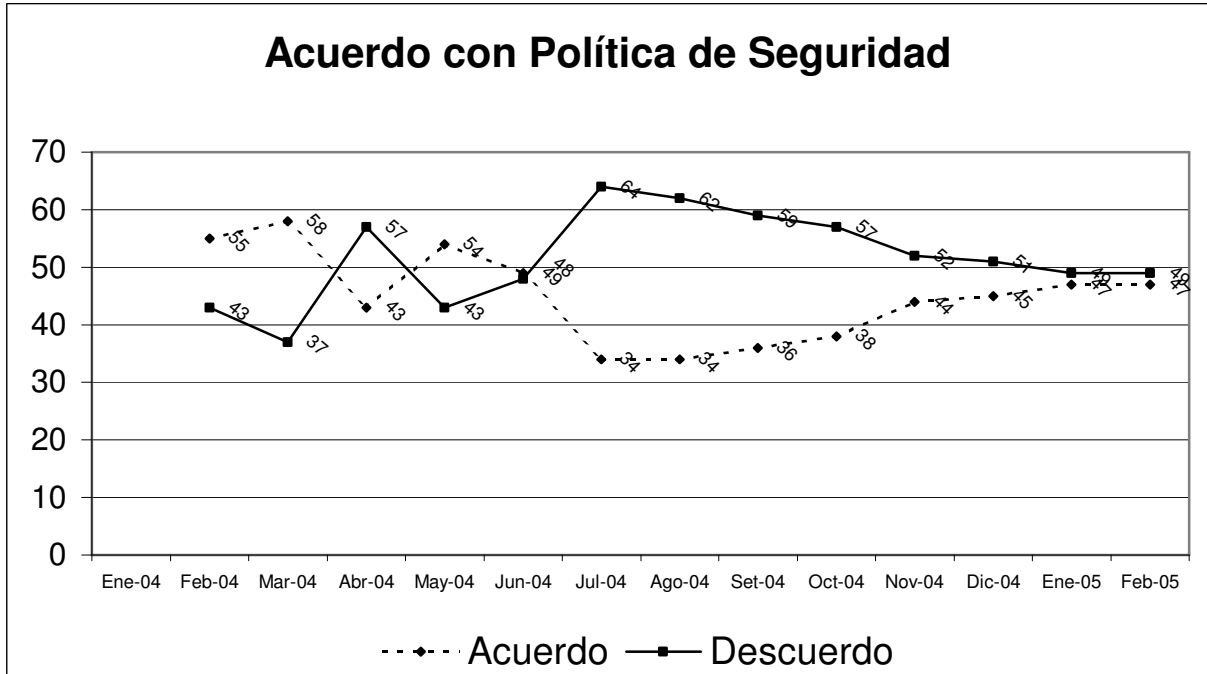


Gráfico IV: Acuerdo con respecto a la política del gobierno nacional en materia de seguridad.

4.2. Inseguridad

Las demandas de mayor seguridad frente al delito que, por supuesto, existían entre nosotros desde mucho tiempo antes de la asunción de Kirchner fueron estimuladas durante el 2004 por una seguidilla de acontecimientos resonantes, especialmente secuestros.

En enero y febrero del año 2004 adquirió suma notoriedad el secuestro del padre de “Corcho” Rodríguez. En abril de ese año se produjo el secuestro y posterior asesinato de Alex Blumberg y durante el mismo mes la primera Marcha por la Seguridad convocada por el padre de esa víctima. En junio se produjo el secuestro de Cristian Ramaro (en la localidad de Tigre). En julio del 2004, como ya se dijera, tuvo lugar el ataque a la Legislatura, en tanto que en agosto se produjo el secuestro de Nicolás Garnil (en la localidad de San Isidro) y el secuestro y desaparición de Fernanda Aguirre (en la Provincia de Entre Ríos), en tanto que ese mismo mes tuvo lugar una nueva Marcha por la Seguridad también convocada por Blumberg. En septiembre del 2004 tuvo lugar la tragedia de Carmen de Patagones y la denuncia de un supuesto complot montado por altos oficiales de la Policía Bonaerense para matar al Secretario de Seguridad de esa provincia, León

Arslanián. En octubre del 2004 la agenda pública fue monopolizada por el secuestro y posterior liberación de Patricia Nime, en tanto que hacia fines de diciembre y comienzos de enero del 2005 ocurrió la tragedia de Plaza Once (Cromagnon).

Entre febrero y mayo del 2004 – ver al respecto en **Gráfico IV** adjunto- la tasa quienes dijeron estar “de acuerdo” con la política de seguridad del gobierno nacional sobrepasó en más de 10 puntos porcentuales la de aquellos que estaban en desacuerdo, con la sola excepción del mes de abril de ese año, momento en el cual tuvo lugar el secuestro y asesinato de Alex Blumberg y la primera Marcha por la Seguridad.

En junio, ambos porcentajes fueron prácticamente iguales, en tanto que en julio –momento en el que ocurrieron los hechos de violencia ante la Legislatura porteña- se produjo un brusco salto en la tasa de “disconforme”, la cual pasó del 48% al 64%. Luego tuvo lugar un paulatino descenso de la disconformidad, hasta que al final del período examinado en este trabajo, los porcentajes de aquellos que dijeron estar “de acuerdo” y en “desacuerdo” con la política gubernamental en materia de seguridad son aproximadamente iguales.

Nótese que en tanto el punto de menor tasa de popularidad de Kirchner y de mayor disconformidad con su política hacia los piqueteros correspondió al mes de agosto del 2004, el brote de inseguridad en cambio, se produjo un mes antes, en julio. Ello sugiere que el disparador del agotamiento de la “luna de miel simbólicamente inducida” fue, como sostuvieron muchos de mis colegas, la reiteración de secuestros y la multitudinaria marcha de protesta convocada por Blumberg.

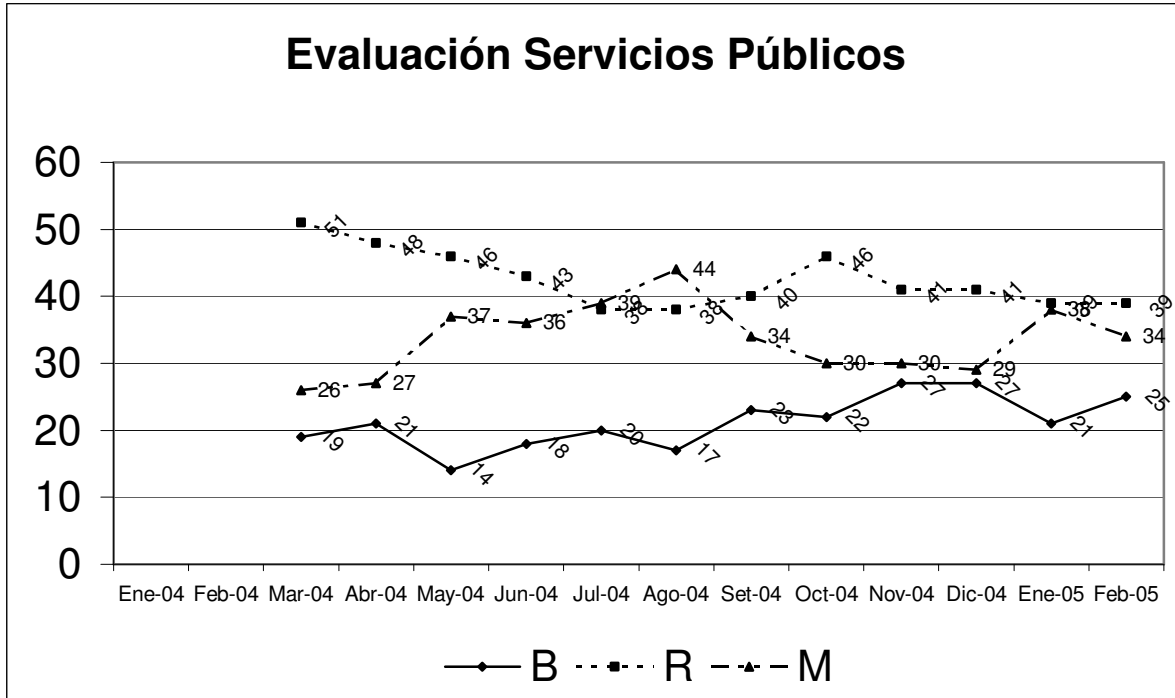


Gráfico V: Evaluación del desempeño del gobierno con respecto a los servicios públicos. Referencias: “B” = “bueno”, “R” = “regular” y “M” = “malo”.

4.3. La crisis energética

Además de esas dos áreas de conflicto para las cuales se registró un incremento notable de la disconformidad, hacia mediados del año 2004, también se perfiló otra posible fuente de graves dificultades para la imagen del gobierno: una inminente crisis energética.

Ésta se inició con sorprendentes cortes de electricidad en el área metropolitana -que el gobierno atribuyó a maniobras de las empresas proveedoras de ese servicio- y rumores de aumento de precios en las garrafas de gas envasado -un producto de uso imprescindible para los hogares más pobres del área metropolitana-.

Para evaluar la peligrosidad de esa amenaza latente hacia marzo del 2004 se introdujo en la parte fija del cuestionario de *TeleNews* una nueva variable correspondiente a la evaluación que hacían los entrevistados del manejo gubernamental de los servicios públicos.

En general, durante todo el período de medición sistemática de dicho indicador, la tasa de quienes calificaron positivamente al manejo gubernamental estuvo siempre por debajo de la correspondiente a aquellos que lo calificaban de “regular” o “mal”.

Entre marzo y agosto del 2004 -ver **Gráfico V** adjunto- el porcentaje de “regular” descendió paulatinamente, en tanto que el de “mal” subió del 26% al 44%; luego la tasa de

“regular” se estabilizó en torno a los 40 puntos en tanto que la de “malo” descendió paulatinamente –salvo en enero y febrero del 2005- y la de “bueno” ascendió hasta alcanzar, por momentos, los 27 puntos.

Las curvas indican que, en realidad, el problema energético fue para la población una suerte de “crisis anunciada” que no terminó de plasmarse.

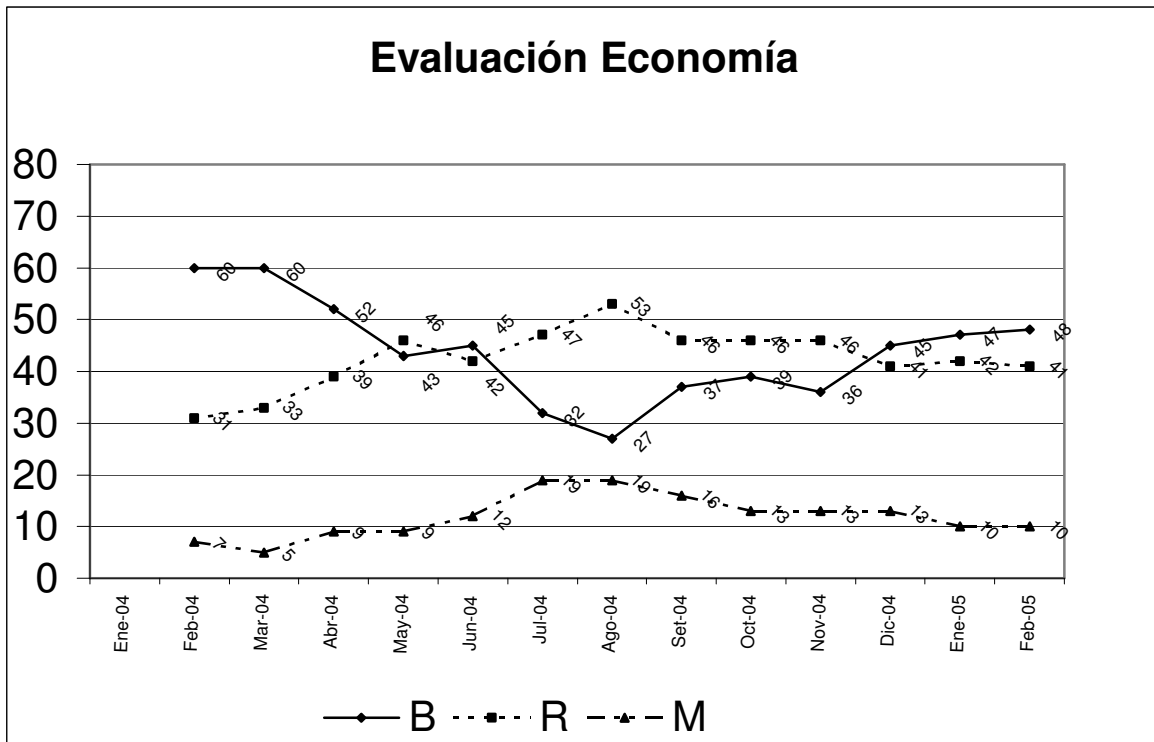


Gráfico VI: Evaluación del desempeño del gobierno con respecto al manejo de la economía. Referencias: “B” = “bueno”, “R” = “regular” y “M” = “malo”.

5. ¿Y la economía?

Durante el período aquí examinado, la parte fija del cuestionario de *TeleNews* incluyó una pregunta acerca de cómo evaluaban los encuestados el manejo de la economía por parte del gobierno nacional que ellos podían contestar empleando un escala de tres tramos (“bueno”, “regular” o “malo”).

Los datos correspondientes a dicho indicador –que se sintetizan en el **Gráfico VI** adjunto– demuestran que la opinión sobre la gestión económica de la actual administración en ningún momento fue tan favorable como la imagen del Presidente, aunque ésta no alcanzó a los niveles de rechazo de las evaluaciones antes examinadas en relación a “seguridad” y “piqueteros”.

Entre febrero del 2004 y el mismo mes del año siguiente, el promedio de quienes consideraron que el manejo de la economía era “bueno” fue del orden del 41%; el 40% lo evaluó como “regular” y el 11% como “malo”. En cambio, el desempeño del Presidente fue

considerado “muy bueno” o “bueno” por el 64%, “regular” por el 28% y “malo” o “muy malo” por el 7%.

La gestión económica fue más frecuentemente evaluada como “buena” durante dicho período en 7 mediciones mensuales y como “mala” durante los 6 meses restantes. En cambio, el desempeño del Presidente fue más frecuentemente evaluado como “bueno” o “muy bueno” en las 13 mediciones aquí examinadas.

Cuadro 1: *Evaluaciones sobre el desempeño del gobierno en relación a diversas variables económicas*

-Enero y febrero de 2005-

Ítem	Bueno %	Regular %	Malo %	No opina %	Total %	Bases (n)
Creación de nuevos empleos	26	43	29	2	100	2400
Control del precio de los artículos de consumo diario	8	34	58	-	100	2400
Construcción de obra pública	27	41	26	6	100	2400
Monto de salarios y jubilaciones	20	35	45	-	100	2400

Otras preguntas incluidas esporádicamente en *TN* corroboran los resultados anteriores. Por ejemplo, a lo largo del 2004, en todas las ocasiones en que se preguntara cómo comparaban los entrevistados su actual situación económica con la que tenían un año atrás, alrededor del 30% dijo “mejor”, el 30% opinó que “igual” y el 40% restante la calificó de “peor”.

En enero y febrero del 2005 se midieron sistemáticamente nuevos indicadores referidos al desempeño económico del gobierno. Los resultados de esas preguntas –que se presentan en el **Cuadro 1**- indican que la población metropolitana considera hoy mediocre el desempeño del gobierno en materia de generación de empleos y construcción de obra pública y francamente negativo en relación a su control de los precios y de los montos de los salarios y jubilaciones.

Luego, nos enfrentamos aquí a una administración que desde el momento mismo de su inicio hasta el presente es globalmente considerada positivamente a despecho de los

resultados de su gestión económica que son generalmente calificados de mediocres y, en materia de ingresos reales, de malos.

Dado el peso teórico que tienen en el análisis de la opinión pública los modelos que atribuyen un vínculo causal entre la marcha de la coyuntura económica y las variaciones del índice de popularidad, los resultados anteriores no dejan de ser sorprendentes. Cualquier analista no puede menos que preguntarse cómo es posible que la imagen de Kirchner sea mejor –mucho mejor- que la evaluación de su gestión económica.

No tengo a mano una respuesta estadísticamente fundada acerca de esa contradicción pero puedo ofrecer al lector, a cambio de ella, algunas hipótesis que considero verosímiles.

En primer lugar, me parece obvio que si el desempeño del Presidente es mejor que las evaluaciones de su gestión económica –así como también con respecto a su política de seguridad y para con los piqueteros- ello significa que el indicador de popularidad de aquél está afectado por “otros” factores ajenos a la seguridad y al bienestar material de la gente.

Dichos factores deben estar vinculados a los beneficios casi simbólicos que sustentaron el altísimo nivel de popularidad hacia los comienzos de su gestión: la depuración de la Suprema Corte, el enjuiciamiento a funcionarios corruptos o el enterramiento definitivo del fantasma militar.

En segundo lugar, considero que entre esos beneficios no monetarios que apuntalan la imagen de Kirchner debe incluirse un elemento difícil de medir en una encuesta cuantitativa pero no por ello menos importante: el hecho indudable de que éste ha llenado un vacío de poder y que su gestión es incomparablemente mejor que el caos de los años 2001 y 2002.

En tercer lugar, estimo que la evaluación de la política económica no es tampoco ajena a la popularidad de Kirchner si tomamos en cuenta los padecimientos sufridos en un pasado reciente. Desde ese punto de vista que el 26% de la población considere “buena” su gestión en materia de creación de empleo y que un 43% la evalúe como “regular” (contra el 31% que la califica de “mala”) es un resultado más que positivo si comparamos con los datos registrados hacia el fin del período de De la Rúa.

Cabe señalar, por último, que esos resultados “satisfactoriamente mediocres” corresponden también a la evolución de diversos indicadores macroeconómicos para el período: tasa de

empleo, de hogares en situación de pobreza e indigencia y de incremento de los precios minoristas.

Buenos Aires, 21 de marzo de 2005.